

Luis Alberto de Cuenca

SOBRE MI POESÍA

(1971-2018)

Edición de Rodrigo Olay Valdés y Pablo Núñez Díaz

LA ALEGRE BRISA DE LA LITERATURA

FUE en 4.º curso de bachillerato, lo recuerdo con nitidez, cuando yo tenía doce años.

En 2.º y 3.º habíamos estudiado en clase una asignatura que se llamaba «Castellano» (o, tal vez, «Español», que viene a ser lo mismo) e intentaba introducir en nuestras pueriles y asilvestradas mentes la cruel disciplina de la morfosintaxis. Me acuerdo con cierto repeluzno de los continuos análisis morfológicos y sintácticos a que nos sometían los profesores de turno, desvinculados siempre de cualquier perspectiva que no fuese destripar el idioma, abrirlo en canal con el escalpelo de la gramática al uso y mostrarnos sus vísceras sangrantes, en las que según ellos todo se disponía siguiendo un cierto orden, de la misma manera que los arúspices romanos creían adivinar

el futuro examinando las entrañas de las víctimas que acababan de sacrificar, como si el orden fuese algo susceptible de ser descubierto y no una borrosa quimera a la que tender o por la que suspirar, como si en el lenguaje —o en su reflejo, el mundo—, no reinase con insufrible despotismo, desde el comienzo de los tiempos y hasta el final de los mismos, el padre Caos omnipotente.

Pero el hecho fue que en 4.º de Bachillerato aquella asignatura llamada «Castellano» o, tal vez, «Español», que había tenido que padecer a lo largo de los dos cursos anteriores, desapareció momentáneamente de mi horizonte lectivo y, a cambio, surgió otra, denominada «Historia de la literatura universal», que iba a convertirse en la piedra fundacional de mis inquietudes poéticas y en el punto de partida de mi vocación lectora.

Desde aquellos primeros fantasmas pedagógicos que recorrieron Europa en los años cuarenta y cincuenta del siglo xx y llegaron a España a comienzos de los sesenta, inspirando de forma torticera la política educativa del tardofranquismo, el conocimiento de la historia de la literatura en nuestro país no ha hecho más que retroceder. Los

responsables de los diferentes planes de estudios han perpetrado, a partir de entonces, el desafuero de no reconocer el desarrollo histórico de la Literatura como materia digna de estudiarse en la educación secundaria, entendiéndolo que no debe ser objeto de una asignatura aislada. De ese modo, será en los manuales de «Lengua Española» donde se conceda un mínimo y vergonzante albergue a la diacronía literaria, desprovista, eso sí, de datos biográficos y estilísticos y reducida a una simple lista de lecturas obligatorias sin ordenación cronológica en la que los alumnos deberán bucear si quieren encontrar el tesoro sumergido del aprobado.

¿Pueden ustedes concebir la promoción del hecho literario sin haberlo situado antes en las reveladoras casillas del tiempo y del espacio? Mucha gente en España no solo concibe esa eliminación de lo contextual en el estudio de la literatura, sino que la defiende con ardor (¿guerrero o de estómago?), postulando un regreso al texto y a sus claves internas que no tenga en cuenta en absoluto cuándo y dónde fue escrito ese texto, por quién y para quién, e incluso contra quién, temas

todos ellos que a mí me parecen, tanto o más que los propios textos, el meollo de la escritura.

Pero los estructuralistas, que han mandado muchísimo a partir de los años setenta del siglo pasado, se niegan a considerar razones extratextuales en el análisis literario, dando vía libre para que los autores de los planes de estudio hayan decidido eliminar con carácter definitivo la «Historia de la Literatura» de los *curricula* pedagógicos. Con ello, se ha iniciado un camino que conduce a la absoluta relativización (y valga la paradoja) del hecho literario, que es la senda por donde discurre nuestra sociedad occidental, regida por los falsos principios del igualitarismo y la corrección política. Porque, al fin y al cabo —piensan *ellos*, así, en versalitas, para que quede más oprobioso—, todo es lenguaje, y lo mismo da Shakespeare que una columna del periódico gubernamental de turno, o el *corpus* de la lírica provenzal trovadoresca que las composiciones poéticas presentadas por los alumnos de un taller literario como ejercicio de la semana. La axiología tradicional no está de moda. Y los valores que cotizaban antaño al alza retroceden

en el mercado del gusto general ante las grandes palabras vacías de nuestro tiempo, palabras que se enarbolan a modo de pancartas en los mítines de cualquier formación política o en los telediaris de las cadenas públicas y privadas, palabras que desgastan tanto el sentido de lo que representan que llegan a perder la conexión con sus referentes y se desentienden de la realidad objetiva, que es donde únicamente pueden encontrarse la belleza, la verdad, la libertad y todos los demás *desiderata* que predicán los falsos profetas en sus huecos discursos altisonantes.

Lo afirmo con rotundidad y sin temor alguno a equivocarme: si no hubiera estudiado en 4.º curso de bachillerato aquel manual de «Historia de la Literatura Universal» no habría escrito nunca un solo verso (lo que, por cierto, hubiese sido una buena noticia para mis detractores). El descubrimiento de un libro en el que figuraban los mejores escritores de todos los tiempos, se consignaban sus obras más importantes y se enumeraban sus características formales y temáticas más sobresalientes supuso para mí una especie de revelación (de *apocalipsis*, poniéndome

bíblico) de la que aún no me he recobrado del todo. Sinopsis biográficas y rasgos estilísticos se unían a la mera enumeración de las obras más relevantes de cada autor, conformando un modelo didáctico, tan obsoleto como delicioso, que servía de guía inmejorable a la hora de adentrarse en los dominios del hecho literario *stricto sensu*.

En las páginas de aquel libro se me reveló ni más ni menos que la poesía épica, ese género al que el *Volkgeist* de una tribu, una raza o una estirpe había blindado para siempre con la eficaz protección que confiere el saberse colectivo. Pero no solo me refiero a la revelación de la épica anónima que disfraza el silencio de su autoría bajo máscaras pronunciables como Homero o Valmiki, Turolfo o Per Abbat, sino a la épica de laboratorio desprovista de *Volkgeist*, escrita por bibliotecarios imaginativos como Apolonio, soñadores como Virgilio, cortesanos brillantes como Ariosto, soldados como Ercilla o libertinos como Lord Byron. Me enamoré de ambas epopeyas, la popular y la culta, y tuve la suerte, tres años más tarde, de encontrarme a los dos más ilustres representantes de cada una de

ellas, o sea, a Homero y a Virgilio, como autores monográficos a los que iban respectivamente dedicadas las asignaturas de «Griego» y de «Latín» del último curso de bachillerato, llamado entonces Preuniversitario y más conocido por *Preu*, su forma apocopada. Ni la *Iliada* ni la *Eneida* son ajenas, en modo alguno, a mi vocación literaria. Tampoco la epopeya mesopotámica de *Gilgamesh*, que se cuenta también entre mis lecturas favoritas y que está en la base de mi poema «Gilgamés y la muerte»; ni el *Libro de los Reyes*, del iranio Firdusi, en el que un padre y un hijo deben luchar a muerte con los ojos vendados, ignorantes del parentesco que los une e involuntarios precursores de las teorías de Freud, que siempre andaba a vueltas con la familia en sus tormentosos escritos.

Y no solo la épica universal, sino los demás géneros literarios, que en Grecia nacieron ya completamente armados, como la diosa Atenea de la cabeza de su padre Zeus, y que inician caminos que aún siguen recorriéndose hoy en día y seguirán frecuentándose en el futuro, como los que conducen a parcelas tan diferentes como la lírica, el teatro, la filosofía y la novela. Sin los